

DECADENCIA DEL IMPERIO

Y

PROGRESOS DEL CRISTIANISMO

LECCION TERCERA

SEÑORES:

Ya que es preciso, dado el compromiso forzoso que me he impuesto de hablar y el voluntario que os habeis impuesto de escucharme, y que yo agradezco tanto mas cuantos menos méritos encuentro en mí que lo abone, contemos esta triste, esta larga, esta universal decadencia del Imperio romano, y las promesas de rehabilitacion y las esperanzas de progreso que traia en su inmortal doctrina el Cristianismo. En la anterior leccion, con tanta benevolencia escuchada, ofrecí en pocos rasgos la vida toda del siglo segundo, mas con el objeto de conmoveros con sus ejemplos que de adoectrinaros con sus enseñanzas, porque de antiguo sé que nada podria yo deciros que os fuese de provecho; y así presenté con todo el cuidado que me consintiera la escasez de mis faerzas, el gnosticismo consumiéndose en el trono de Roma; los estóicos en lucha con este elemento estraño al carácter romano; la victoria de las ideas de los filósofos que parecian tan débiles

sobre las armas de los pretorianos que parecían tan fuertes; los principios metafísicos del estoicismo que daban conciencia del espíritu universal á la sociedad, tan en armonía con la universal civilización latina, y sus principios morales que predicaban la igualdad natural de los hombres y la justicia; los caracteres que el estoicismo revistiera, según las épocas, ora de lucha, ora de protestas, ora de aquella organización poderosa que le dió la victoria; las enseñanzas que ofrecían sus sectarios en vida y sus enérgicos ejemplos en la hora de la muerte, su idea en Epitecto, su ley en Marco Aurelio, y su impotencia para salvar á Roma probada por Cómodo; los pretorianos asomando de nuevo á desgarrar el Imperio; el pueblo de los comicios en el circo; la desmoralización de la sociedad creciendo; la marca de infamia que Tácito imprimió sobre la frente de Roma conservándose todavía como el castigo de los prevaricadores; la sátira desconcertando la armonía entre el fondo y la forma del arte clásico que fuera el encanto de tantas generaciones; la tristeza desesperante de la poesía; la muerte de la religión; el evehemerismo que diseaba los dioses con su crítica; la reacción religiosa intentada por Apuleyo en sus apoteosis de los misterios de Isis; la debilidad de esta reacción en aquellos tiempos en que las carcajadas de Luciano conmovían todo el Olimpo; el mito de Psiquis, verdadero símbolo del deseo innato en el alma humana de volar al cielo; la verdad cristiana planteándose como religión del espíritu frente á frente del paganismo que se defendía como religión del Estado; los padres apostólicos sucediendo á los Apóstoles, y los apologistas á los padres apostólicos; el espíritu griego sacudiendo los átomos que en sus alas depositara naturaleza para ascender á lo infinito; la unión del Génesis de la naturaleza con el Génesis del espíritu; y por último, el ejemplo de aquellos mártires que, al morir en las hogueras, al mismo tiempo que revelaban un nuevo espíritu religioso y ponían un nuevo Dios sobre los altares, salvaban el gran principio no conocido de los antiguos, el principio de la libertad de conciencia; alma, vida de la presente civilización. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores: ahora me entristezco, me apeno al considerar los tiempos de decadencia, de infamia que vamos á recorrer; la ausencia de toda justicia en el poder, de todo freno en el ejército, de toda dignidad en el pueblo; el silencio de la tribuna; la congojosa y larga agonía de la reina de las naciones, cuyo cetro, que trasformara la humanidad, está perdido en el cieno de todos los vicios. Nunca hubo mayores mo-

tivos para imaginar que el mundo iba á perderse; nunca esos ánimos desconfiados que de todo recelan y que por todo tiemblan, pudieron con mayor fundamento creer que la civilización caía en los abismos; nunca asomaron tan grandes, tan generales y tan terribles síntomas de desolación universal y de universal ruina, pues el horizonte nublado por los miasmas de todos los vicios, el poder corrompido, el pueblo degradado, los templos abandonados, los dioses sin ofrendas, el crimen pagado con un trono, el derecho vendido en pública subasta, el enflaquecimiento de los caracteres, el frenesí de todas las pasiones que envilecen al hombre, parecían conjurarse para envenenar á la humanidad, y pudriría hasta la médula de los huesos, y borrarla para siempre de esta tierra, llena también de ponzoñoso virus, que pedía el cauterio del hierro y del fuego para sus llagas; y sin embargo, en medio de tantos males, en el seno de las Catacumbas se ocultaban los que venían á renovar el espíritu, en desiertos ignorados de Roma, los que venían á renovar la sangre de la humanidad, bajo aquel envilecimiento de la esclavitud, la libertad en toda su pureza, la libertad con todo su vigor, la libertad del espíritu, el mayor bien del hombre, el mejor don de Dios, la libertad que nadie puede arrebatarnos, pues ni aun después de la muerte se apartará de la conciencia; promesas sacrasísimas de regeneración que vienen á decir á los Jeremías de nuestros tiempos, á los que creen que el mundo se acaba porque se acaban sus preocupaciones y sus ídolos, que no se interrumpe la carrera triunfal de la humanidad hácia el bien, que no se rompe ni aun por las mayores tempestades la cadena misteriosa del progreso, que no se pierde el amparo de la Providencia, y que no se puede apartar el espíritu humano de este planeta á que Dios lo ha adherido hasta cumplir su destino y realizar su misteriosa esencia. (Ruidosos aplausos.)

Pero no había remedio. Roma se moría, el Imperio espiraba. La muerte de la gran nación se explica por el cumplimiento de sus fines providenciales é históricos. En la antigüedad sucedía que cuando un pueblo acababa su trabajo, dejaba á otro pueblo el encargo de continuarlo. No había esta simultaneidad de vida que hay en la Europa moderna, ni se comprendía esa coexistencia de grandes naciones que es el carácter de nuestra civilización. Ninguno, absolutamente ninguno de los pueblos que tenían acabada su obra, volvían á levantarse para continuarla, como si se hubiera agotado en aquella obra toda su vida. Así es que desde el instante mismo en que vimos por la constitución antonina decretada la idea fundamental de Roma, la idea de la

unidad de la especie humana, pudimos presentir que Roma se moría, porque era cumplido su destino, y estaba realizado su trabajo. La India da sus dioses á la conciencia humana y se aísla y se pierde para la historia como si la envolviera misteriosa nube. Babilonia cincela esos dioses, los manda á Occidente, y muere. Persia despierta con su espada las razas orientales, y las disciplina y cae y retrocede y se hunde cuando encuentra en su camino un pueblo pequeño, pero libre, que le cierra el paso. El fenicio da su leño al mar, su vela al viento, y llega hasta la tierra sagrada donde el sol se pone, y lleva en su mano la letra alfabética, el signo del comercio intelectual, la moneda, el signo del comercio material, y parece que se hunde en los mares cuando nada nuevo tiene que dar á la historia. Cartago, que ayer continuaba el trabajo de Fenicia, es en el instante en que crece Roma un monton de cenizas. Roma está subiendo las gradas del trono de la tierra, cuando aspira á realizar la idea de la unidad del mundo, ocupa ese trono mientras la realiza, y baja sus gradas tintas en sangre así que la ha realizado. En las naciones modernas sucede que el espíritu nacional sobrevive á sus antiguas ideas, porque se renueva en otras mas progresivas. Pero el feudalismo muere así que se acaba la irrupcion de los bárbaros del Norte y de los bárbaros del Mediodía; el poder político de los Papas así que empiezan á formarse las nacionalidades y á nacer los derechos civiles; y el poder absoluto de los reyes así que las naciones ya están formadas, como se concluirá el breve reinado de la clase media el día en que el derecho universal haya penetrado en todas las conciencias. Pero los pueblos quedan y siguen su obra maravillosa; al paso que en la antigüedad una nacion se encerraba, como Cleopatra, en su tumba con sus instituciones y con sus dioses.

Hoy vamos á estudiar, señores, la decadencia de la sociedad antigua, la ruina irremediable de Roma. Dos síntomas anunciaban que todo se perdía en aquella sociedad, el silencio de la palabra, y el silencio todavía mas terrible de la historia. La palabra es la forma de la idea, la historia es la manifestacion de la conciencia. Por la palabra el hombre se distingue de los demas seres creados; por la historia se perpetúa su vida en las generaciones venideras. La palabra es la revelacion perenne del espíritu. La historia es como la revelacion especial de la conciencia. Cuando una sociedad habla, no muere, porque hay en su mente la sávia de una idea. Cuando tiene una historia que le avise de sus crímenes, no muere, porque todavía puede distinguir

el bien del mal y salvarse. Santa es la palabra en cuya virtud el alma sale de sí y espléndidamente se manifiesta con todos los matices de sus ideas, con todo el poder de sus facultades. Santa es la historia en cuya virtud no queda sin castigo ni algun gran crimen sobre la tierra. ¡Qué sería de nuestros amores, de nuestras ideas, de nuestras esperanzas, de nuestros recuerdos, sin la palabra humana que los saca del aislamiento de nuestro ser y los reparte entre todos los hombres! ¡Qué sería de nuestra fugaz vida sin la historia! La palabra es la luz que de sí despide el alma. La historia es como el resplandor de la conciencia, como el grito de la vida presente que salva los tiempos, y que rompe el límite del espacio. ¿Y qué era de la palabra en Roma? Cerrados los comicios, desierto el foro, destrozada la tribuna de los Rostros, desvanecida para siempre la sombra de los grandes oradores que llenaran el mundo con el eco de su voz, perdido el Senado ó cuando mas convertido en vil adulator de los poderosos, muda toda idea en presencia del César; la palabra, la revelacion del espíritu, se habia perdido en Roma; y aquellas ruidosas asambleas donde los Gracos resucitaban la elocuencia griega en toda su belleza, donde Ciceron halagaba los oídos del pueblo con sus largos y armoniosos períodos que sonaban como una música heroica, aquellas ruidosas asambleas se habian convertido en academias puestas bajo la proteccion del César, donde poetas, semejantes á míseros eunucos, torpes y adutores, iban á levantar, con su poesía vendida al oro y al poder, entre los inmortales al infame tirano, que habia ahogado indignamente el espíritu al ahogar su revelacion, su luz, la palabra humana, la cual, cuando se alza libremente, aunque impalpable como el aire que la recoge, hiela á los tiranos en sus tronos, y funde como el rayo del cielo las cadenas de los esclavos. (Entusiastas aplausos). Y si la palabra humana se perdiera, trocada de grande y libre en vil panegirista de los Césares, ¿qué habia sido de la historia? Lo primero que nos aflige al considerar este tiempo es la historia, lo que se ha llamado la historia augusta. Todavía se comprende que calle la palabra, pero no se comprende, no se puede comprender que calle la conciencia. Contemplad la historia de estos tiempos. Roma, pobre en su origen, grosera en sus mitos, feroz en aquella su primitiva vida de luchas y depredaciones, enemiga de la filosofía, incapaz de pulsar una lira tan delicada y armoniosa como la lira griega, distinguiase de todos los pueblos anteriores, de todas las naciones que la habian precedido, por su sentimiento de justicia y de derecho, y como consecuen-

cia de este sentimiento, por su historia, que es como la conciencia de su justicia y de sus providenciales destinos, por su historia, género en que ha sobrepujado á su maestra la Grecia; pero cuando llega á esta época, cuando los mártires llaman á las puertas de sus templos que se bambolean, y los bárbaros á las puertas de su imperio que cruge; cuando el ideal romano se apaga en un lago de sangre, no hay en su historia aquel acento épico de Tito-Livio, que es como el cántico de las legiones vencedoras, ni aquellas ideas levantadas de Salustio, que son como el exámen de conciencia de una sociedad, ni aquellas sentencias de Tácito, última protesta contra el envilecimiento, no, porque ora nazca de que la administracion es un secreto, ora de las continuas guerras, ora de la raiz de todos los males, de la servidumbre, lo cierto es que si para cada uno de aquellos bárbaros hay un historiador, si Commodo, Caracalla, Heliogábalo, Valente, tienen sus Trebelios, Lampridios y Herodianos, en el ánimo de estos historiadores no hay patria, no hay humanidad, no hay justicia, no hay una lágrima para los grandes dolores, ni una voz de reprobacion para los grandes crímenes; y así todos cuentan la inmolacion de tantas victimas, la muerte de tantos pueblos, aquella muerte de que se alimentara el Imperio mismo que el carnicero cuenta las ovejas que ha degollado en un dia, cual si la esclavitud hubiera apagado en ellos la última luz que se apaga en la vida, la luz de la conciencia. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Es necesario que nos acerquemos, que toquemos con nuestras propias manos, que veamos con nuestros mismos ojos aquella universal decadencia, para que aprendan los poderosos á huir de la injusticia, y los pueblos á huir de la esclavitud como de la muerte. Es necesario ver cómo desaparece, cómo se descompone en este grande oleaje de hechos el ideal romano, y con el ideal romano, la conciencia y la vida de Roma. En el Imperio había dos ideas, una positiva, otra negativa, una de oposicion á la sociedad antigua, y otra de formacion de la nueva sociedad. La idea negativa consistia en destruir el privilegio, en destrozarse las antiguas familias patricias, sobre cuyas espaldas descansaba la antigua sociedad. La idea positiva consistia en elevar al trono los representantes de todas las razas, desde el ibero al galo, desde el galo al sirio, desde el sirio al godo; y poner piedra sobre piedra en las ciudades destrozadas por el genio feroz del patriciado como Corinto y Cartago; y uniformar la administracion para que el Universo se rigiera por una sola ley; y abrir el Senado á todos los magistrados, y

el ejército á todos los guerreros, y las doce tablas á todas las ideas, y los grandes honores á todos los hombres; y emancipar progresivamente todos los pueblos de sus dioses bárbaros, de sus leyes ciclopeas; y convertir poco á poco el estado guerrero, y por consecuencia violento de la humanidad, en estado agrícola, y por consecuencia pacífico; hasta que abolido el privilegio de ciudadanía por la constitucion antonina, y el derecho quiritarario escrito por la lanza del guerrero, tinta en la sangre caliente del enemigo sobre el campo mismo de batalla, abolida estas formas del antiguo privilegio, el edicto perpetuo va elaborando el derecho comun, el derecho natural, que es la transustanciacion del alma de Roma por las ideas de todos los pueblos, y su comunicacion misteriosa á toda la humanidad. (Estrepitosos aplausos.)

Pero este gran prodigio de dinámica social se personificaba en un hombre, en el César, y esta personificacion tenia todos los males del despotismo. El viejo ideal romano, en cuya presencia temblaban las naciones, era una sola personalidad alzada en la cúspide del mundo, una sola personalidad que era senador, tribuno, dictador perpetuo y universal; y su palabra, que el Pretor recogia, formaba el derecho y su brazo; sus legiones vencian en los cuatro puntos del horizonte, y su sombra representaba la majestad del pueblo, y su alma el refugio de la libertad, y sus labios el oráculo de la religion, y su voz la voz de las generaciones romanas; de suerte que hijo y padre á un mismo tiempo de Roma, como la universal adulacion lo llamaba, tenia en sus manos el destino de todas las naciones; favorecia á un pueblo y lo llenaba de monumentos grandiosos; aborrecia á otro, y lo borraba de la tierra; en un dia de tristeza mataba cien patricios, y en otro de alegría trescientos gladiadores; á una señal suya se desenvainaban un millon de espadas hambrientas de matanza, y por un paseo suyo perdian la vida muchas generaciones, y con todas estas facultades, con todos estos poderes que le embriagaban, se creia superior á los demas hombres; y como todos los que se creen superiores á los demas hombres, desertaba de la humanidad; y allí en su soberbia, en sus vértigos divinos, iba á buscarle el puñal del asesino; porque en esos imperios donde el pensamiento calla, no hay mas manera de oposicion que el tiranicidio; y como la oposicion á lo presente, que es el deseo de mejorar, el afán de progresar, deseo, afán, innatos á la sociedad como al corazon la esperanza, deseos, afán, sin los cuales no viviria ni un momento; como la oposicion en esos imperios no se funda en las leyes de la naturaleza humana, en la libertad del pensamiento, en la libertad

de la palabra, se tuerce, se corrompe y toma la abominable naturaleza del crimen, que viene á herir la activa frente de los conculcadores del derecho. (Ruidosos y prolongados aplausos.) Así, señores, el dogma de todos los publicistas de los siglos décimo sexto y décimo sétimo, era el regicidio. Y así en esta Roma imperial en que el César se creía un Dios, de mas de ochenta emperadores solo diez mueren en su lecho, como para mostrar al mundo cuán impotente es la omnipotencia de los soberbios. (Aplausos.)

Estudiando, señores, el imperio, lo primero que echamos de ver es el impulso de los hechos, la fuerza dialéctica de los acontecimientos, la lógica viva, real de la historia. El Imperio se organiza y triunfa por el trabajo colectivo de las generaciones mas que por el impulso de una sola voluntad. Lo que mas admira es que estando todo el mundo esclavo, las fuerzas de los esclavos lo hacen todo, y siendo un solo hombre libre, este hombre libre nada hace. Y no creais que solo se asientan monstruos en el trono de Roma, no. Hay allí hombres que merecerian haber vivido en los mejores tiempos de la República y contar historiadores como Plutarco. Hay hombres que tienen toda la severidad de costumbres de los Camilos, de los Gracos, de los Scipiones, de los mas grandes guerreros y mas grandes tribunos de la República romana. Pero, señores, como observan Guibbon, Guizot y otros historiadores que no son demócratas como yo, y que por consiguiente no tienen tanto motivo para quejarse de los excesos del poder, ¡cuán funesto don es el despotismo aun para los mismos que lo ejercen! Aquellos hombres que se levantan como en personificación de toda la humanidad sobre la cúspide del mundo; que tienen bajo su manto imperial toda la tierra; que creen que el sol es como un topacio engarzado en su diadema; que ven todos los pueblos en el polvo como inmensa turba de esclavos, y todos los ejércitos aguardando una señal suya para lanzarse al combate como inmensa turba de gladiadores; que tienen templos, y altares, y holocaustos, y sacerdotes como los dioses del Olimpo; aunque hayan heredado virtudes cívicas superiores á las que tuvieron los primitivos romanos, sienten tristeza infinita, desaliento inexplicable, como si el poder absoluto les envenenara el alma. (Aplausos.) Como observa un gran escritor, jamas ofrecieron los anales del mundo una série de hombres mas grandes tocados de una impotencia mas incurable. Un Vespasiano, debelador de Oriente que muere como un misántropo; un Tito, delicias del género humano, que se consume de tristeza; un Antonio Pio, en quien

el mundo cree ver, tantas eran sus virtudes, un santo y en quien la historia no ve mas que un escéptico; un Marco Aurelio, que vive en las ideas de la moral mas pura y muere en brazos de la desesperacion mas triste; un Septimio Severo, que despues de haber vencido á los bárbaros, despues de haber interpuesto su pecho como un gran escudo entre la irrupcion de estos pueblos y Roma, despues de haber humillado la soldadesca que quiere mandar en el Imperio, pide, segun nos cuenta Herodiano, un veneno para extinguir una vida que le abruma; un Probo, que deseaba que el Imperio no hubiese menester ni ejércitos ni tributos, y que incapacitado de realizar estas reformas, se clava en el vientre las lanzas de sus guardias; un Decio, que corre á las orillas del Danubio y obliga á retroceder á los godos á sus desiertos retardando la inevitable caída de Roma, y se desespera al ver que pudiendo salvarla de sus enemigos, no puede salvarla de sus vicios; un Aureliano, que intentaba cauterizar las llagas sociales del Imperio, y se abrasaba el corazon y decia: "Hasta los dioses me abandonan;" un Diocleciano, que hace el postrer esfuerzo para salvar aquella sociedad y se descifre por último la túnica de los Césares que le oprime como si tuviera una serpiente enroscada al cuerpo; todos grandes hombres, pero todos consumidos por los mismos grandes dolores; como si el Imperio, que era para los Césares protervos ocasion de aumentar sus crímenes, no fuera para los Césares grandes y justos mas que ocasion de perder sus virtudes: que la corona universal léjos de engrandecerles ¡ay! les aniquilaba cual si tuvieran sobre el cerebro la inmensa pesadumbre de la tierra. (Repetidos y prolongados aplausos.)

Pero, ¿dónde estaba la salvacion del mundo? ¿Podia por ventura alcanzarla aquel Senado que los Césares no querian suprimir, aquel Senado que era como la corona de la tierra? No, no. El Senado que fué el gobierno aristocrático no quiso mas libertad que aquella que no dañase á sus privilegios y abominó siempre del santo principio de igualdad. Y cuando el principio de igualdad debió triunfar para que el espíritu de Roma se comunicara al mundo, como se opusiese el Senado, tuvo que sufrir el destino reservado á todos los poderes opuestos á un gran principio humanitario, la muerte. El principio de igualdad no triunfó por la libertad, triunfó por la dictadura. Esta dictadura abominable mató á Roma; pero no resucitó al Senado. Se pasma la mente, se confunde al contemplar lo que fuera aquel Senado en otros tiempos y lo que habia venido á ser en estos últimos dias del

Imperio. Aquella asamblea de reyes que, al penetrar los galos en la acongojada Roma, parecian estatuas sentadas en sus sillas curules con las fórmulas del derecho en los labios, que, en dias de angustia; vendieron el terreno donde acampaba Aníbal, despues de Cannas para enseñar á Roma á no estremecerse ni temblar bajo la espada del hijo del desierto; que, en la cumbre del poder, mandaron borrar á Cartago de la tierra, y fué borrada como una letra de una tablilla; que mandaban sus faciales á todo el mundo y todo el mundo se aterraba, pues habian triunfado de Jugurtha, el Africa de Perseo, la Grecia de Mitrídates, el Asia de Antioco, de Aníbal, los mas grandes guerreros de la antigüedad; aquella asamblea de reyes, decia, que se veian alojados como dioses en el templo de la Concordia, cuando sus deliberaciones tenian por objeto á Roma, y en el de Marte cuando tenian por objeto la guerra, y en el de Apolo cuando recibian las embajadas de todas las naciones; custodiados por sus cuarenta lictores, convocados por los augurios, bendecidos por los oráculos, saludados como imagen viva del derecho; despues de César, no pudieron ó no supieron dirigir á Roma, y degeneraron tristemente; y si bien les fué dada en algunas ocasiones posteriores recobrar su poder, cuando Nerón, por ejemplo, cayó del trono, y fué á sentarse el viejo patricio Galba, cuando, muerto Oton, la ciudad eterna se quedó sin dueño; cuando los últimos republicanos, los estóicos, recogieron del polvo el cetro de los Césares; no acertaron á ser enérgicos, se dieron á controversias estériles, desplegaron sus labios tan solo para adular al César, temieron que la resurreccion de la libertad trajese á la arena de Roma al antiguo pueblo, con mayores bríos, con mayor afán de derechos, y vendida así su dignidad al que mas la pujaba, no supieron recobrar su poder, hallándose destinados, como todas las asambleas corrompidas, á fiarse de la espada de un hombre que se clavaba en sus corazones; hasta que un dia eternamente triste, eternamente llorado por la historia, despues de cinco siglos de envilecimiento, no tuvieron mas remedio que vender la estatua de la Victoria, el númen de su derecho, á los hambrientos bárbaros, y enterrarse ¡podridos, gangrenados! entre las ruinas de Roma. (Entusiastas aplausos.)

Bien es verdad que el Senado se reclutaba en la aristocracia y la aristocracia se habia perdido. Yo, señores, no sé si habreis notado las fases por que pasan todas las aristocracias. En todas hay tres momentos capitales. En el primer período de vida social son aristocracias teocráticas, en el segundo período son aristocracias guerreras, en el últi-

mo período aristocracias propietarias. Lo sobrenatural sostiene á las aristocracias teocráticas, la fuerza á las aristocracias militares, la riqueza á las aristocracias propietarias. La aristocracia romana tuvo estas mismas trasformaciones. En tiempo de los reyes fué aristocracia teocrática y fundó sus títulos en sus auspicios y en sus augurios. Desde Bruto hasta la guerra social fué aristocracia guerrera, y presentó por único título su espada. Desde la guerra social hasta César, su poder se levantaba sobre su propiedad, sobre su riqueza. Notad lo mismo en los tiempos modernos. Desde el siglo quinto al décimo, la aristocracia está en la Iglesia. Del siglo décimo al décimo quinto en el campo de batalla. Del siglo décimo quinto al diluvio de la revolucion, la aristocracia se refugia en sus propiedades alodiales. Pues bien, señores, la aristocracia teocrática piensa, la aristocracia guerrera lucha; pero la aristocracia propietaria puramente propietaria, goza y muere, porque el placer es el veneno corrosivo de la vida. Cuando veais una clase que es feliz porque no piensa, feliz porque no lucha, feliz porque no trabaja, no la envidieis, compadeceidla, porque su felicidad es la felicidad de la muerte. (Aplausos.) Y á este triste estado habia llegado la aristocracia romana. Los aristócratas eran ricos, muy ricos, y pasaban la vida en aquellas casas de inmenso vestibulo, de puertas de cedro, de patios corinthios, de pavimentos de mosaico, de atrios de mármoles de todos colores, donde corrian claras y abundosas fuentes, de paredes pintadas al fresco y cubiertas con figuras de hombres coronados de yedra, ó de hermosos cuerpos femeniles terminados en colas de delfines y serpientes; casas pobladas de estatuas, de pajarreras donde cantaban ruiseñores ciegos, de jardines, de baños; especie de cárceles doradas donde los señores de la tierra, mudos para la tribuna de los Rostros, incapacitados para las escursiones de la guerra, impotentes para sacudir el yogo del despotismo, derraman lágrimas por la libertad sin estar dispuestos á derramar por la libertad su sangre; y se consuelan de la pérdida del Senado en brazos de sus domésticos que los llevan del techo al baño, del baño á la biblioteca, de la biblioteca al triclinio, del triclinio á quemar algunos granos de incienso ante el busto del César, de aquí al teatro, del teatro al Circo, del Circo al foro; donde recostado en el pedestal de la loba de Rómulo, sin curarse del sepulcro de Escipion que está en frente, de Escipion que sin duda les reconviene por no haber sabido morir ántes que perder sus privilegios, saludan á su turba de cortesanos que se compone del guerrero que le custodia, del gladiador que pasa perseguido por

los aullidos de la muchedumbre, del farasante que le tira de la toga para que le dé algunos sestercios, del sacerdote que le reclama ofrendas para los dioses, del poeta epigramático que se burla de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; turba de aduladores que huye cuando el César, en un instante de mal humor envía á los patricios á la muerte porque desea sus riquezas, tal vez para pagar á una de sus mancebas un minuto de placer; que así castiga la sociedad con su lógica inflexible de los hechos á los que prefieren la vida de un día á la libertad que es la vida del alma. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Las riquezas de la aristocracia fueron la causa principal de su perdición. Los muchos metales de que podían disponer, atrajeron sobre su frente el rayo de las venganzas cesáreas. La propiedad, la inmensa y feraz propiedad italiana fué toda en sus manos. Y como siempre que la propiedad se amortiza en pocas manos, fué completamente infecunda. Los patricios tenían territorios inmensos, pero incultos, porque no los fecundaba el sudor del trabajador, lluvia mas benéfica aún que la lluvia del cielo. De esta suerte sus propiedades eran como la lepra que devoraba á Italia, convirtiéndola en desolado desierto. El pueblo se moría de hambre, ó estaba atenido á los repartimientos gratuitos de trigo, cuando ante sus ojos se extendía un campo yermo que demandaba cultivo, para compensarlo en sabrosos frutos. La codicia de la gente rica era tal y tanta, que no se contentaba con poseer toda la Italia, y poseerla para esterilizarla, sino que acudía también á disputar al pobre la limosna de trigo que tomaba á la puerta de la Annona. La manera de cometer esta iniquidad es mas vergonzosa aún que la iniquidad misma. Emancipaba sus esclavos, y ya emancipados pertenecían al proletariado y tenían derecho de reclamar ración de trigo; mas por libertos de los patricios tenían deber de depositar ese trigo á las plantas de sus amos. Y los patricios lo recogían avaramente, porque sus propiedades inmensas, al mismo tiempo que no les daban ningún rendimiento, se disipaban como nube de humo en sus orgías. Así es que la inmensa propiedad perdía á Italia. *Latifundia perdidere Italiam*, decía Plinio. Pero también perdían á los patricios, porque la política iniciada por César, y organizada por Tiberio, consistía en despojar por las confiscaciones á la nobleza de sus propiedades, en nivelar las fortunas y en contribuir con el préstamo sin interés á despertar el amor al trabajo en el pueblo, todo á costa de

la aristocracia constantemente perseguida é inmolada en aras del cesarismo.

Y la clase media que podía suceder á la aristocracia estaba en peor estado, en mas grande abatimiento. Su decadencia venía de antiguo, del principio de las guerras sociales. Los ciudadanos eran sacrificados en casi todas las revoluciones. Trescientos murieron con Tiberio Graco, tres mil con Cayo, mil seiscientos fueron proscritos por Sila, innumerables por los triunviros que llegaron á despoblar hasta diez y ocho florecientes ciudades italianas, poniendo también alevoso mano sobre la propiedad con tan inaudita audacia, que aquellos hermosos campos que aún quedaban florecientes en algunas regiones de Italia, se vieron depredados como tierras de conquista, y transmitidos de mano de los trabajadores que los llegaron de viñedos, de olmos, de trigo, á los veteranos, ociosos, incapaces de uncir los bueyes, y manejar el arado, porque las orgías de una guerra horrible los habían inhabilitado para los duros, pero santos deberes del trabajo.

¿Pero existía por ventura el postrer refugio de la libertad, existía el pueblo? La verdad es que tampoco quedaba el pueblo en aquella gran decadencia. El pueblo se había corrompido como todo. ¿Pero quién tenía la culpa de su corrupción? El patriciado, la nobleza que le había enseñado que todo derecho estaba en el oro, que todo, hasta lo mas sagrado podía comprarse y venderse por oro. Los gobiernos consagrados al culto del becerro de oro, los que venden por dinero todo derecho, los que abren al dinero solamente las puertas de los comicios, los que conceden al dinero la facultad de pensar, la facultad de escribir, esos gobiernos materialistas no deben extrañarse de que la sociedad deduciendo las consecuencias encerradas en las premisas de sus ideas, olvide que existe el alma y la conciencia, y se degrade y crea que vale mas el oro que la conciencia y el alma. (Aplausos prolongados). Señores, y es necesario pensar en tan grave mal con madurez, porque nuestras escuelas doctrinarias con esta apoteosis del oro han aniquilado las muchedumbres liberales, democráticas, y las han sustituido con muchedumbres comunistas. (Aplausos.) El cesarismo de hoy se parece al cesarismo romano, tiene los mismos caracteres y acaso esté llamado á los mismos destinos. Meditadlo bien, meditadlo vosotros, los que aún podéis salvarnos. En la historia romana se encuentran ejemplos que deben servirnos de enseñanza. El patricio al comenzar la historia romana, creyó que le sería permitido resucitar la casta de Oriente. Ignoraba que el sople de Grecia había pasado ya